

Volví a repetir este juego varias veces. Naturalmente, no sé si siempre tuve el mismo éxito, si las personas así advertidas seguían siempre sin dudarlas instrucciones que un administrador anónimo de su conciencia les susurraba al oído a través del hilo telefónico nocturno, ya que la mayoría de los casos se me escapaban a causa de la distancia de la perspectiva general, y solamente en uno de estos casos que yo no abarcaba con la vista estuve seguro de haber tenido éxito: encontré en la guía de teléfonos a un hombre que se llamaba Gottfried Malkusch, era dueño de una imprenta. Lo llamé. Contestó inmediatamente al teléfono y me dijo inmediatamente su nombre. Evidentemente, a pesar de que eran las tantas de la madrugada, estaba esperando una llamada. Yo dije, esta vez sin aliento, susurrando y sin rodeos:

—Señor Malkusch, lo han descubierto todo.

Un segundo después dijo él con voz ronca:

—No.

—Sí —dije yo—, todo, desgraciadamente.

—¡Así que lo han descubierto!

—Todo —repetí yo, esta vez más como un confidente implicado y por lo tanto afectado que como un amonestador.

—¿Y entonces? —preguntó él.

—Malkusch —susurré yo amablemente, ya que en ese momento me daba un poco de pena—, Malkusch, ¡huya antes de que sea demasiado tarde!

De nuevo hubo una pausa de desconcierto, luego dijo:
—¿Tengo tiempo para empaquetar un par de cosas?
—Me temo que no —susurré yo, luego de repente dejó de darme pena—, no, Malkusch, yo en su lugar no lo haría.
Y luego dijo él:
—Gracias, Obwasser.
Sí, me llamó «Obwasser» y colgó, y estoy casi seguro de que no empaquetó nada.

En mi vecindario mantuve dos conversaciones nocturnas más. Quería probar de nuevo. He olvidado los nombres. Uno, que vivía justo enfrente de mí, sólo susurraba a pesar de que de fondo sonaba la *Eroica*³ en una radio o un tocadiscos, tampoco encendió ninguna luz, la casa se quedó a oscuras, a excepción de la luz de la linterna que se deslizaba rápidamente de un piso a otro tras las ventanas de la fachada, desde el desván hasta el sótano. Aproximadamente una hora después de la llamada el hombre salió de la casa con el abrigo y el sombrero puestos y con una funda de violín en la mano, fue al jardín, sacó, por lo que pude ver, un objeto alargado del bolsillo, lo enterró con las manos en la tierra, luego salió por la puerta del jardín mientras se frotaba las manos con el pañuelo para limpiárselas, sacó una carta y la echó en su propio buzón, después estuvo un rato en la calle dudando, miró varias veces a un lado y a otro como si le costara decidirse qué camino tomar y se marchó en la dirección que finalmente eligió, su paso fue adquiriendo poco a poco seguridad, un nuevo destino tomaba ya forma.

3 Tercera sinfonía del compositor alemán Ludwig van Beethoven.

El otro era un vecino. No pude ver qué ocurrió, pero sentí cómo crecía la agitación en la casa de al lado, ni voces ni palabras, ningún portazo, sólo excitación detrás de las paredes, indicios de advertencias sordas, de órdenes siseadas, de últimas acusaciones antes de la separación de las que se ha tomado nota sollozando, luego oí cómo se entornaba silenciosamente la puerta de entrada y se abría ruidosamente una chirriante puerta de garaje que desbarataba toda precaución, un motor de arranque terco y travieso —el hombre huyó en su propio coche— y, unos minutos después de la partida, un grito estridente y penetrante en la casa: «¡Artur!, ¡Artur!». No sé a quién se referían con aquel grito, quizá en ese momento se desarrollara un acontecimiento paralelo que no tenía nada que ver con el que yo había provocado, ya que el fugitivo a quien yo había advertido no se llamaba Artur. Se llamaba, según recuerdo ahora de pronto, Erhard. Se llamaba Erhard Selbach. Su número era seis, cero, siete, cuatro, cuatro. ¡Absurdo recuerdo!

Ahora está cantando, el gallo. Dos veces, tres veces. Ahora empieza, el amigo a quien cada noche espero, el que anima mis noches, mi camarada, mi buen compañero lejano.

El gallo está en una granja vecina. Su canto suena más parecido al quiquiriquí del poema infantil que la mayoría de los cantos de gallo que he escuchado, y he escuchado a muchos gallos cantar. Este gallo suena como si hubiera sido copiado del gallo del libro infantil. Al igual que ése, entona las tres primeras sílabas con la misma intensidad para luego poner énfasis sobre la cuarta y terminar con un calderón en el último qui. Este último acaba con un *diminuendo* y se apaga. Por lo tanto, su canto se parece en el ritmo —y dicho sea de paso también en la patética fuerza de la ejecución— al